



# EL ISLOTE DE LOS DESECHOS



[VÍCTOR DE LA VEGA]

Primera edición: mayo de 2021

© Copyright de la obra: Víctor De la Vega

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-123328-4-1

Código ISBN digital: 978-84-123328-5-8

Depósito legal: B 7744-2021

Diseño portada: Celia Valero

Corrección: Teresa Ponce

Maquetación: Celia Valero

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions [www.angelsfortunedititions.com](http://www.angelsfortunedititions.com)

Derechos reservados para todos los países

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley»

Para mis hijas Laura y Sheila,

por ser las niñas de mis ojos.

Para mi yerno Matías.

Para mis amigos:

Félix Sanches, por tanto apoyo y ayuda;

Marcelo González, por su generosidad y amistad incondicional;

Gabriel Cartes y su sobrino Diego, por ser buenos amigos;

don Peter Ulloa, por ser buena persona;

José Lepuman y Johana, por su hospitalidad.

Un reconocimiento especial para Rosa Castilla por enviarme a la  
persona correcta para publicar.

También un reconocimiento especial para la persona que confió  
en mi material y que ha hecho posible la publicación de este  
libro, Isabel Montes.

# CAPÍTULO 1

*20 de junio de 1996*

Sentado sobre la banqueta giratoria y apoyando su antebrazo en la barra del antiguo pub de la avenida Northumberland, tomaba un whisky el viejo Mathew.

Hacía mucho tiempo que frecuentaba el lugar junto con su amigo John y sus otros tres amigos, pero esta vez lo hacía solo, su compañero de muchas batallas no lo seguiría más en sus paseos diarios por las calles de Londres.

Todos los días a las siete de la tarde, en ese sitio se congregaba el grupo de veteranos de la guerra para sus largas charlas. Algunas veces jugaban a las cartas, otras veces a los dardos o cualquier otro juego de mesa, dependiendo del estado de ánimo de cada uno, o simplemente se sentaban a beber, así como a tener conversaciones muy profundas de diferentes temas. Dos semanas antes John fue sorprendido por un ataque al corazón mientras descansaba una tarde en su casa, arrebatándole la vida, y desde entonces el grupo de amigos no se reunían. Mathew acordó reanudar los encuentros considerando que ese sería el deseo de su amigo y por tal motivo estaba ahí

esperando al resto de sus compañeros, tres más, todos exagentes de inteligencia ahora jubilados.

Olga, la camarera ucraniana de mediana edad, de mirada inquisitiva e inquieta, siempre alegre y coqueta, ojos azules y pelo rojizo, luciendo piernas bien delineadas por la minifalda que llevaba de uniforme, los trataba con mucha familiaridad y cariño, pues los conocía desde hacía ya mucho tiempo.

Notó la tristeza en el rostro de Mathew y amablemente le dijo unas palabras de consuelo tras enterarse de la muerte de John, mientras le acariciaba el hombro al acongojado Mathew, hablándole con su acento de extranjera.

Faltaban quince minutos para la hora indicada. Él llegó temprano y esperaba en la barra, cuando llegaran los demás ocuparían su mesa habitual del centro del local, pero pegada a la pared. Era ahí donde pasaban las horas de las tardes disfrutando de su mutua compañía.

Por lo general, a esa hora de la tarde el bar registraba una buena entrada de gente. Olga les reservaba su mesa porque eran clientes habituales y buenos consumidores; sin embargo, en esta ocasión la mesa estaba ocupada por un hombre solitario, joven,

que tomaba su café con pequeños sorbos y movimientos lentos, sin prisa por terminar.

Andrew, Ethan y Kwan entraron al pub y rápidamente localizaron a Mathew sentado frente a la barra.

Andrew, hombre de mirada penetrante, escaso pelo y totalmente cano, de ochenta y tres años, empuñaba en su mano derecha la pipa de tabaco inseparable para él. Robusto y con un andar ligero, apurando siempre a sus compañeros —que a su gusto caminaban demasiado despacio—, era inquieto, bromista y muy risueño, amable con todo el mundo y muy educado en sus modales.

Ethan, ochenta años, el más bajo de estatura de todos, aunque en otros tiempos no lo fuera, ahora sufría de escoliosis, enfermedad que al paso del tiempo se fuera agravando, eso lo estresaba y lo mantenía con un mal humor constante. Muchas veces sus amigos le hacían bromas por su estado, siempre reían y le mencionaban con frecuencia que dejara ya de buscar objetos en el suelo al caminar. Algunos días se molestaba, otros en cambio les seguía la corriente.

La curvatura de su espina dorsal era demasiado para él, trataba constantemente de impedir que las miradas curiosas de

los transeúntes lo perturbaran, pero a veces era inevitable. Con todo y su problema, el tiempo que pasaba con sus amigos lo disfrutaba al máximo.

También estaba Kwan, el más joven de todos, setenta y tres años, oriundo de Corea, pero radicado en Londres por muchísimos años, de estatura mediana, flacucho, siempre bien vestido y perfumado, con su pelo en apariencia sin arreglar, con gafas ovaladas y una risa contagiosa, muy expresivo en sus ademanes. Nunca se casó, a diferencia del resto de sus amigos, pero sí mantenía un aire de conquistador, siempre lanzando miradas coquetas y hasta algún piropo a las mujeres que llamaban su atención.

Ya estaban ahí los cuatro amigos, se saludaron con la misma familiaridad de siempre, aunque con un toque de nostalgia por el amigo que faltaba.

Miraron hacia su mesa, seguía ocupada por aquel extraño al que no habían visto antes por ahí. Olga se acercó a ellos dando explicación de por qué no les había reservado en esa oportunidad, diciendo que, como se habían ausentado por esos días, no creyó que volverían justo ahora.

No quedaba una sola mesa vacía en el bar. Los tres recién llegados se acomodaron en otras banquetas al lado de Mathew, sin decir una palabra. Este se levantó, se dirigió hacia la mesa que siempre les esperaba y se paró junto al hombre. Los demás lo observaron desde su sitio, viendo como hacía ademanes con sus manos. Mathew levantó su mano derecha llamándolos hacia él. Se encaminaron en fila hasta la mesa, saludaron cordialmente al hombre y Mathew les comentó que no había problema con compartir la mesa. Una vez que se hubieron acomodado, se presentaron uno a uno, sacaron sus cajetillas de cigarros y comenzaron a fumar. El hombre dijo llamarse Raúl, estaba de visita por unos días en la ciudad para encontrarse con su novia, una escritora aventurera con ganas de viajar, española como él, solo que en esos momentos estaba ocupada con su editor y tendría que esperarla un par de horas más.

Andrew tomó la iniciativa y preguntó a Raúl a qué se dedicaba. Él les dijo que manejaba su propia empresa de paisajismo y decoración de interiores.

En unos cuantos minutos les dio información general de sus negocios, de su relación con Lola y de los motivos por los que ella llegó a Londres.

Tras brindar por su nueva amistad con los tragos que pidieron en la barra, Raúl preguntó a los veteranos qué hacían y cómo es que se juntaban siempre ahí.

Mathew le contó cómo se forjó esa amistad que los unía y la pérdida reciente de su amigo. Raúl, interesado en la conversación, hacía preguntas cada vez más profundas y bien pensadas. Fue entonces cuando Mathew decidió contarle la parte más difícil de sus vidas.

Todos tomaban whisky, así que pidieron a Olga que les trajera una botella y hielo. Se sirvieron otro trago más esa tarde de verano, donde el bullicio de la gente en el interior del pub reflejaba el ánimo de los ahí presentes: risas escandalosas, conversaciones animadas, miradas de complicidad, etcétera.

Tomaron un trago más y entonces Mathew, presionado por el grupo, comenzó con su relato remontándose muchos años atrás.

–Me casé con Elizabeth un domingo 18 de junio de 1939, en Berlín, justo antes de comenzar la guerra y poco tiempo después de que Eugenio Pacelli se convirtiera en el papa Pío XII. Ella quedó embarazada en julio de 1940. Fue en ese mismo año cuando Mussolini apoyó a Hitler en su invasión a Polonia,

ocurrida el 1 de septiembre de 1939, y a Francia, el 14 de junio del año en curso. Para entonces vivíamos en un edificio de apartamentos en Berlín. Yo, como ingeniero mecánico, trabajaba en una empresa metalúrgica, y estaba totalmente en contra de la guerra. No aprobaba los proyectos de Hitler ni sus ideales, no me gustaba el trato que estaba dando al resto de las personas que no eran afines a sus paradigmas de raza.

Todos tomaron sus mejores posiciones para oír con atención aquel relato que ya habían escuchado con antelación, pero siempre salían nuevos detalles que Mathew había omitido por olvido las veces anteriores. Raúl, que sí desconocía la historia, miraba fijamente al viejo, que, respirando hondo, se aprestaba a soltar lo que fuera su experiencia de vida. Mathew continuaba.

Y eso fue lo que me metió en problemas, mis convicciones me costaron más de cuatro años cautivo en un lugar realmente denigrante para cualquier ser humano. Después de pasar la Navidad de 1940 y Año Nuevo de 1941 en un ambiente hostil en la ciudad, ya que algunos sacerdotes católicos eran asesinados por no apoyar con sus sermones dominicales las acciones del Gobierno, el lunes 13 de enero fui enviado a Austria por la compañía para cerrar un negocio que nos dejaría buenas

ganancias. Sin embargo, ya no regresé a casa. Se suponía que solo estaría fuera por una semana, pero no fue así.

Elizabeth buscó ayuda por todos lados. Primero acudió a la empresa, mi superior no supo dar explicaciones, tampoco sabía qué había pasado conmigo, según él. Después buscó información en la policía, en los hospitales, recorrió Berlín tratando de encontrar alguna pista sobre mi paradero, le pidió ayuda a un amigo nuestro que estaba alistado en el Ejército para que por favor investigara cualquier cosa que indicara qué me había sucedido, pero nadie le dio información sobre mi situación. Pasaron los días lentos y angustiantes para ella y para mis padres, después las semanas, los meses y finalmente algunos años.

Fue un periodo turbulento y doloroso tanto para ella como para mí, las cosas se desarrollaron de una manera muy inesperada para todos. Sabíamos que el ambiente no era prometedor, pero también era cierto que no estábamos preparados para lo que se nos venía encima.

A finales de marzo de 1941 nació mi hijo. Para entonces la guerra cumplía ya veinte meses, y los yugoslavos se rendían ante los alemanes por el fiero ataque que sufriera su capital, Belgrado.

Mi esposa estaba muy preocupada temiendo que el bebé fuera a nacer con problemas debido a tanta angustia, incertidumbre y dolor, pero afortunadamente todo salió bien.

Para ella no fue fácil vivir en una ciudad donde se respiraba odio, discriminación, peleas, abusos, asesinatos y violaciones en contra de judíos, gitanos, testigos de Jehová y otras personas que eran ya consideradas como indeseables para la sociedad alemana de aquellos días. La mentalidad de la mayoría de los ciudadanos era apoyar al régimen nazi. Con razón o sin ella, esperaban que Hitler cumpliera su promesa de convertir al país en el mejor del mundo.

También hay que decir que hubo muchos clérigos que lo apoyaron. Dadas las circunstancias del país, con cientos de miles de soldados luchando por su patria, era obligación asistir a la iglesia si querías mantener la paz con tu familia y vecinos, pues allí se hacían largas plegarias por ellos y se bendecían sus armas, ya que los consideraban sus héroes.

Era tu obligación moral y patriótica apoyarlos sin reservas; si no, te veían como un traidor. Las consecuencias de esto eran que te despojaban de todo lo que poseías y podían aniquilar a tu familia completa. Elizabeth tuvo que seguirles el

juego para proteger a nuestro hijo, ya que no había muchas opciones.

Bueno, el jueves 16 de enero de 1941 salí de las oficinas centrales de la empresa Metal Works de Viena con rumbo al hotel. Recogería mi equipaje y saldría hacia el aeropuerto para regresar a casa, sin embargo, a la mitad del trayecto fui interceptado por un vehículo. Cuatro sujetos con uniforme militar y con actitud procaz me trasladaron hasta su cuartel. No me explicaron absolutamente nada, me encerraron en una oficina por un buen rato hasta que llegara su jefe, quien me aclararía lo que estaba pasando. Después de unas dos horas de espera, llegó un alto mando militar y me insultó sin saber yo qué estaba pasando. Con un poco de temor, me atreví a preguntar qué era lo que había hecho. El tipo me informó de que yo estaba siendo detenido por órdenes del Gobierno alemán, porque me negué a tramitar la transferencia de armamento austriaco hacia mi país utilizando el nombre de la empresa para la cual trabajaba. Me dijo que mis jefes habían dado la autorización para hacer este movimiento. El problema fue que a mí no me informaron de nada. De todas maneras, le dije que yo no iba a colaborar con ellos en esta acción, que la empresa podía mandar a otra persona para hacer los trámites, yo no quería

involucrarme de ninguna forma en el asesinato de personas. Eso bastó para que me trasladaran hasta la frontera con Alemania en calidad de traidor. Allí me entregaron a una patrulla alemana custodiada por dos motociclistas que me introdujeron en mi país de nueva cuenta para llevarme hasta lo que servía de cuartel para ellos.

Los custodios no solo me lanzaron miradas de desprecio, sino que aprovecharon para insultarme y conducirme a empujones, además de descargar algunos golpes en mi cuerpo y cara.

Tan pronto como subí al auto me forzaron a tomar un par de píldoras que me hicieron perder el conocimiento. No supe por cuánto tiempo estuvimos viajando sino hasta varios días después, cuando escuché por casualidad una charla donde mencionaron que me drogaron para no ocasionar problemas en el trayecto de unas siete horas.

Me desperté tirado en una habitación oscura, sin ventilación ni ventanas para ver el exterior. Ya me habían despojado de mis pertenencias personales, no tenía conmigo el viejo reloj que heredara de mi padre ni tampoco mi billetera con mis documentos. Pasaron algunas horas y llegó un guardia a por

mí. Cuando salí de ese cuarto oscuro y frío mi cuerpo estaba adolorido por los golpes recibidos. Me di cuenta de que estaba en lo que era un cuartel improvisado. Se trataba de una vieja casa particular, sin muebles en sus habitaciones y espacios. Al fondo, en el cuarto más grande, al centro de este, un oficial sentado en su silla y con los pies estirados sobre el escritorio fumaba una pipa y miraba como distraído por la ventana lateral.

–Así que usted es Mathew Meller, ¿no? –preguntó con sarcasmo.

–Sí, señor, soy yo –contesté con tranquilidad.

Como tenía mis convicciones bien arraigadas, no le temía. Tal vez el oficial percibió mi actitud y por eso se enfureció, dando un puñetazo sobre la mesa.

–¿Acaso no se da cuenta de los problemas que nos ha causado por mantenerse con su terquedad? Si no quiere perder a su familia y pretende volver a verlos, tiene que firmar estos documentos.

Me percaté de que era el contrato para introducir el armamento desde el país vecino utilizando los servicios de la

empresa para la que trabajaba. Lo observé con detenimiento, miré al oficial y le dije:

–¿Por qué se empeñan en utilizarme a mí? ¿Por qué no lo hace el dueño o envía a otra persona si hay gente con puestos de mayor responsabilidad que el mío? Además, ustedes como Gobierno tienen todos los medios para traer esa mercancía hasta acá y sin trabas. Lo siento, oficial, no firmaré, no quiero ser parte de esto, no quiero llevar en mi conciencia la muerte de miles de personas por el resto de mi vida. Aunque solo sea una firma, no lo haré.

–Piénselo o su familia sufrirá las consecuencias.

Yo conocía la crueldad de la milicia alemana, sabía que no me dejarían en paz. Al final de cuentas, de todas formas mi familia ya estaba sufriendo, si firmaba o no, sería acosado constantemente.

–Quiero hablar con mi jefe.

–Eso ya no es posible, usted no está en condiciones de negociar nada. O firma, o lo encerramos –respondió el oficial, que ahora me daba la espalda de pie frente a la ventana y mirando al exterior.

Yo sabía muy bien que si no firmaba me iban a hacer desaparecer. Además tenía la preocupación de mi esposa, que ya para entonces contaba con seis meses de embarazo y su parto sería un riesgo al saber que su esposo estaba desaparecido. No muy convencido, tomé la pluma que estaba al lado de los documentos y firmé. Dejé la estilográfica en su lugar.

—Ya está —dije resignado.

El militar no se giró para mirarme, permaneció de pie sin dirigirme la palabra.

—¡Guardia! —gritó el oficial. Un uniformado asomó rápidamente por la ajada puerta de madera de la vieja casona—. ¡Que venga el doctor!

Presentándose en la sala minutos después y con un saludo reverente, se paró frente a su superior un hombre con lentes redondos y flacucho que portaba una carpeta.

—Quiero, doctor, que extienda un certificado de deficiencia mental a nombre de Mathew Meller, al instante.

—¿Qué significa esto? —pregunté confundido—. Acabo de firmar los documentos, usted prometió que me dejaría en libertad si yo accedía a eso y lo acabo de hacer.

El hombre tomó los papeles y los guardó en el cajón de su escritorio mientras su rostro reflejaba una sonrisa malévola y cobarde.

—Eso significa —contestó el hombre con cierto placer— que será enviado a un lugar especial, ya que no me permiten matarle ahora, pero ya veremos más tarde.

Mientras, el médico nerviosamente llenaba un formulario. Lo firmó, estampó un sello y lo entregó al oficial. Acto seguido, salió de la sala sin pronunciar una sola palabra.

—¡Guardias! —volvió a llamar el hombre, y dio instrucciones—: Por la mañana lo lleváis con los desechos y lo dejáis allí.

A pesar de los reclamos, no logré nada. Me condujeron a empujones hasta una celda.

«Los desechos —pensé—. ¿Me irán a matar? ¡No! Él dijo que no podía hacerlo ahora. Bueno, que Dios se acuerde de mí».

Antes de encerrarme de nuevo, me llevaron a otro cuarto donde me pusieron dos grilletes en las manos, además de tatuarme un número en el brazo izquierdo.

De allí me devolvieron al cuarto que serviría de calabozo por esa noche, no había cama, todas mis pertenencias me fueron incautadas por los oficiales, no había baño. Estaba oscureciendo, tenía un gran vacío en el estómago, comencé a darme cuenta de que tenía hambre. Mis pensamientos viajaron hasta Berlín.

«¿Cómo estarán Elizabeth y mis padres?», reflexionaba bajo las sombras y el frío de la soledad.

Acurrucado en una esquina del cuarto helado y con el cansancio a mis espaldas, decidí dormir para olvidar un poco las ganas de probar bocado. Bajo aquellas circunstancias cualquier cosa podía pasar, pero era optimista y esperaba volver a ver a mi familia pronto.

Entre pensamientos y reflexiones me quedé dormido, pero al cabo de poco rato desperté por las bajas temperaturas que calaban hasta los huesos. Me apretujé contra la esquina del cuarto lo mejor que pude para calentarme, pero era imposible no sentir frío bajo esas condiciones, solo llevaba encima una ligera chaqueta que no me habían quitado. Haciendo grandes esfuerzos, logré coger el sueño nuevamente.

Así, despertando a cada rato, pasó la noche, siempre tratando de acomodarme para que mi cuerpo se calentara. No

había ruidos en el exterior, no sabía la ubicación exacta, muchas cosas me estaban ya desconcertando.

La mañana llegó sin que me diera cuenta, el guardia abrió la puerta bruscamente.

Observé sobresaltado como el guardia me propinaba un puntapié en una pierna para que me levantara. Lo hice con la mente un poco confundida y, sin dar tiempo a que reaccionara, a empujones me subieron a un coche. Sin decir una sola palabra emprendieron la marcha con rumbo desconocido.

Estaba sentado en el asiento trasero del vehículo, los dolores musculares me atormentaban por la posición tan incómoda en la que pasé toda la noche y los golpes recibidos que me habían marcado la piel.

La mañana era gélida, los guardias echaban vapor blanco por sus bocas como si fueran toros bravos de corral. Todo estaba cubierto de mucha neblina y había poca visibilidad en el camino solitario por el que viajábamos, recordaba a una película de terror.

Al paso de dos o tres horas, la temperatura fue mejorando, el sol calentó un poco y en el costado derecho se

dejaban ver pequeñas colinas con grandes y preciosos árboles. Pasamos por una humilde aldea, pero no detuvieron la marcha, las personas del lugar parecían despreocupadas de lo que ocurría a su alrededor. Un reducido mercado en la calle principal: quesos, pan, carne... Pareciera un poblado de otra época.

Entonces me di cuenta de que me sería muy difícil volver a ver a mi familia, los métodos de tortura de los soldados eran ya conocidos por mí. Fijé la vista en los alimentos del mercadillo, volví a sentir hambre, pero ese era el menor de los problemas ahora.

Un mar de ideas pasaban por mi mente, deducía mil cosas, pero al final las conclusiones no me parecían tan lógicas y solo me resignaba a mi suerte.

Retomaron el camino rural. Después de un rato, de entre la espesura del bosque se visualizó una gran finca, vieja pero bien construida, un amplio portón de hierro y dos guardias al interior custodiando el acceso. Cuando vieron el vehículo oficial se apresuraron a dejar la entrada libre abriendo de par en par la antigua verja.

Me bajaron bruscamente y nos dirigimos al interior del recinto. Escuché con atención, y sin derecho a replicar, como estos soldados presentaban con todo detalle el informe al oficial en turno sobre la situación y mi negativa a colaborar con el Gobierno.

El oficial a cargo me miró con la vista llena de odio e hizo una mueca de desagrado. Con los documentos en mano que recibiera de sus subalternos, se acercó con paso firme hasta donde yo estaba, me miró fijamente y, sin decir nada, descargó una violenta bofetada sobre mi rostro ocasionando una masiva hemorragia desde la nariz. No pude hacer gran cosa, trataba de limpiarme con las manos, pero no me era fácil por los grilletes de hierro que impedían la movilidad. Erguido y en silencio, observé al oficial con firmeza retándolo con la mirada. El hombre ordenó que me trasladaran inmediatamente a la zona de reclusión.

Sin demora, me tomaron dos nuevos guardias y emprendieron el viaje por otro camino rural sombreado por los árboles apostados a lo largo del sendero.

Pocos kilómetros más adelante, se topaban de frente con un gran lago. Llegaron directo a un embarcadero, donde los

esperaba una pequeña lancha de motor. Me bajaron como era ya su costumbre, a empujones e insultos, mientras hacían bromas a costa de mi persona. Intercambiaron palabras con los guardias de la embarcación y se fumaron un cigarrillo mientras yo esperaba de pie a un lado.

A lo lejos, en el centro del lago observé un manchón verde, que sin duda se trataba de un islote.

Terminada la conversación de los guardias y el cigarrillo, me entregaron a los del bote, que me sentaron de un empujón instándome a permanecer quieto y sin dar problemas.

—¡Que se divierta, señor Meller! —me gritaron los anteriores custodios mientras retrocedían para tomar el camino andado con anterioridad, palabras burlescas que sonaron a sentencia y olvido.

Consternado, observé como la lancha despegaba del pequeño muelle en dirección recta al islote. La brisa acarició mi cara y movía mi pelo lacio con una sensación engañosa de armonía y paz en su entorno.

Todo parecía tan tranquilo en aquel lugar, no había bombas, ni granadas, ni ruido de metralletas, ni gente corriendo

y gritando, y eso comenzó a preocuparme. En ese momento comprendí que un castigo alemán no podía ser tan benévolo, había algo siniestro en el ambiente, algo que no veía aún, pero lo sentía.

A medida que la lancha se desplazaba por las tranquilas aguas del lago y se acercaba cada vez más a su destino, a lo lejos percibí como el islote se iba agrandando. Visualicé algunas construcciones antiguas, como un refugio abandonado.

Efectivamente, era un edificio viejo y en desuso. A lo lejos me di cuenta de que había personas caminando.

—Si me disculpan un momento, caballeros... —dijo Mathew levantándose de su asiento—. Debo ir al baño, esta vejiga me mata.

Caminando un tanto tambaleante por el alcohol en su sangre y los años que ya le pesaban, se dirigió al fondo del establecimiento para hacer sus necesidades.

—Y bien —preguntó curioso Kwan a Raúl, aprovechando la pausa en el relato—, ¿cuánto tiempo estarás en Londres?

—Lo suficiente —respondió el español— para arreglar mi situación con Lola.

—Pero ¿es qué las cosas no están bien? —inquisitivo insistió el coreano.

—Déjalo en paz —dijo Ethan.

—No, está bien —replicó Raúl, que se sentía extrañamente cómodo junto a aquellos viejos bonachones—. Lo que pasa es que llevamos dos años de relación y pocas veces nos habíamos separado —contaba el hombre joven—. Y ahora Lola lleva dos meses aquí y me dice que piensa quedarse porque la editorial le está ofreciendo un buen contrato y un excelente programa de lanzamiento para sus obras.

»Sin embargo, veo que cada día nos estamos distanciando más y más. Al principio hablábamos todos los días y a cada momento, ahora siempre tiene algún pretexto. O está ocupada, o está en entrevista con su editor, o está escribiendo. Al parecer ya estoy en segundo plano, o tal vez ni eso, pero por eso he venido hasta aquí, para aclarar las cosas.

Los hombres se miraron discretamente entre ellos, de inmediato se dieron cuenta de que aquello ya no iba a funcionar.

—Te diré algo... —dijo Andrew—. No quisiera entrometerme en tus asuntos, muchacho, pero, así como lo cuentas, creo que mejor te vas despidiendo de tu novia.

—Lo tengo asimilado, señores —respondió el joven—, pero si vine hasta aquí es porque no me gusta dejar las cosas en el aire, me gusta dejar las cosas muy claras y que no haya duda de que no me interesé por sacar esto adelante.

—Haces muy bien, hijo —respondió Andrew en tono paternal—, y, si hay algo que podamos hacer nosotros, cuenta con nuestra ayuda incondicional.

—Lo tendré en cuenta —dijo Raúl—. Son ustedes muy agradables.

—Lo que pasa —habló Kwan— es que no nos conoces bien.

—Habla por ti —dijo Ethan soltando una carcajada.

—¿Y ya tienes donde quedarte? —preguntó Andrew.

—Sí —respondió nuevamente Raúl—. Lola pasará por mí y me quedaré en su apartamento. Quedamos de vernos aquí, así que la conocerán cuando llegue.

–Muy bien —dijo Kwan—, será un placer. Y, por favor, tutéanos.

–¿Me he perdido algo? —dijo Mathew al acercarse a la mesa.

–Un poco —dijo Andrew—. Estábamos hablando con nuestro joven amigo de su novia.

–Pero no es nada importante —dijo Raúl—. Mejor sigue contando esa historia tan interesante, me gusta saber de primera persona lo que ocurrió en aquellos días tan terribles de nuestra historia.

–Muy bien —dijo Mathew complacido—, pero primero brindemos nuevamente por nuestro encuentro.

Se sirvieron otro trago, levantaron sus vasos y brindaron por la amistad.

El bullicio del lugar no amainaba, persistía el buen ambiente en el lugar mientras Mathew continuaba con su historia.



## Acerca del autor

Víctor de la Vega nació en Matehuala, San Luis de Potosí, (México), hijo mayor de seis hermanos. Estudió en Monterrey, Nuevo León, donde sus padres se mudaron siendo él un niño. Allí cursó estudios técnicos, pero desde pequeño había desarrollado una pasión por las letras, comenzando a escribir pequeñas historias que guardaba para no ser objeto de burla por sus compañeros.

En Monterrey realizó pequeños cursos en talleres literarios impartidos por la Casa de la Cultura. Cuando ya en edad adulta se

trasladó a Estados Unidos, comenzó a escribir cuentos y relatos publicados por varias editoriales. Años más tarde, por motivos laborales, regresó a Chile, donde reside en la actualidad y donde publicó su primer libro: *Colonia Paraíso*.

La publicación de *El islote de los desechos*, su nueva novela, le ha abierto las puertas a Europa y al mundo entero.